

## 2016 DOMINGO DE RAMOS

### Catedral

Día de cruz y de palmas. Día de sufrimiento y de victoria. Día de Ramos en la Pasión del Señor. ¿Cómo acompañar en este día al Señor, que por nosotros los hombres y por nuestra salvación, se entrega libremente a la muerte y una muerte de cruz? Tomando nuestra cruz de cada día y siguiéndole como lo hizo su Madre, María Magdalena, las otras mujeres y el discípulo amado porque sabemos por la fe que si con él sufrimos reinaremos con él, si con él morimos viviremos con Él.

Este domingo nos abre, un año más, las puertas de la Semana Santa que concluirá con el Santo Triduo Pascual en el que celebraremos la Pasión, muerte y resurrección del Señor. Días intensos para vivir junto al Señor como los vivieron aquellos que amaban de verdad al Señor: su Madre, la Santísima Virgen María, las mujeres y el discípulo amado. Tan grande era el amor y la confianza que tenían en Él que nada ni nadie los apartó de su amor. Por eso los vemos caminar con Cristo doliente y sufriente con la cruz a cuestas camino del Calvario para sufrir y morir espiritualmente con Él.

Hoy también el Señor camina entre nosotros doliente y sufriente con su cruz a cuestas en la vida de tantos hombres y mujeres que sufren las consecuencias de la injusticia del pecado y de la enfermedad. Ellos acompañan a Cristo y al mismo tiempo son acompañados por él. Como os recordé en mi Carta Pastoral *Nos basta su misericordia*: “Todo pecado repercute, con mayor o menor intensidad, con mayor o menor daño en todo el conjunto eclesial y en toda la familia humana. Algunos pecados constituyen, por su mismo objeto, una agresión directa contra el prójimo o más exactamente, según el lenguaje evangélico, contra el hermano”

Podemos ver las consecuencias del pecado de los hombres que Jesús asume en su Pasión en tantos rostros de niños, ancianos y mujeres que peregrinan por Europa sin saber qué será de sus vidas porque la sinrazón de los señores de la guerra los ha expulsado de la tierra que les vio nacer y la inhumanidad de los señores de la riqueza no

los quieren en su casa. En tantos niños hambrientos a los que podemos contar sus huesos como a Cristo en la cruz que huyen junto a sus padres porque la hambruna les persigue a muerte. En tantas mujeres, niños explotados, ultrajados y abandonados a su suerte por el incalificable comercio de personas. En tantos niños gravemente enfermos en los hospitales a quienes la enfermedad ha truncado su futuro. También el pecado se refleja en los rostros tristes y aburridos de los niños ricos que tienen de todo; pero les falta el cariño y la ternura de sus padres porque no tiene tiempo para ellos.

Aquel rostro de Cristo golpeado, insultado, humillado y vejado por los salivazos sigue presente en el rostro de todo hombre que es ultrajado, humillado y descartado como consecuencia de nuestros pecados cometidos por acción o por omisión. Del rostro de Jesús muchos se espantaron porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano, así también se espanta hoy la gente acomodada y políticamente correcta de los rostros humanos desfigurados por el sufrimiento y el dolor. Se ha perdido la compasión en su sentido más profundo: acompañar al otro en su dolor.

Bástenos recordar lo que está sucediendo en Europa con la crisis de los refugiados sirios y de otros países del Oriente Medio. Las naciones europeas se están comportando con la misma actitud del rico Epulón de la parábola: quieren colocar a los pobres a la puerta, en las fronteras, para que no les molesten y cubren su vergüenza dándoles las migajas para que otros los cuiden. ¡Qué lejos está esta actitud de la del buen samaritano que se baja del caballo para curar y hospedar al que sufre las consecuencias de la injusticia y de la violencia humana!

Los cristianos no podemos mirar con desdén los rostros de las personas laceradas por el pecado ya sea refugiado o emigrante, pobre o enfermo, anciano hambriento o sediento, parado y hasta el rostro del mismo embrión humano en peligro de muerte. Cristo se compadeció de nosotros y murió en la Cruz para demostrarnos su amor y su misericordia y nos mandó ser misericordiosos como nuestro Padre celestial es misericordioso. No hagamos inútiles las enseñanzas y la cruz de Cristo, su misericordia y su perdón.

Queridos hermanos: En medio de tanta indiferencia hacia los que sufren las consecuencias del pecado de todos los hombres surge el amor y la misericordia de aquellos hombres de buena voluntad que practican las obras de misericordia y socorren con amor a los que sufren. Unámonos a tantos hombres de fe, sacerdotes, religiosos, seglares y familias cristianas y a la de tantos voluntarios que se compadecen de verdad con la situación de los que sufren y como la Verónica enjugan sus rostros para aliviar su dolor.

Que los acordes de la música rasgada de las cornetas y tambores que acompañan los pasos de la Semana Santa, imitando el gemido, nos invite a oír los gemidos de tantos niños, ancianos y mujeres que lloran amargamente como Raquel porque su vida no tiene horizonte ni salida. No hagamos oídos sordos a los gemidos de la gente, acudamos prestos en su ayuda y devolvámosles, en la medida que nos sea posible, su dignidad.

Meditemos, contemplemos, oremos y celebremos el Misterio de la Pasión, muerte y resurrección del Señor al lado de Nuestra Señora, la Virgen madre de dolor y de soledad, de la angustia y de la piedad que guardaba todas las cosas de su Hijo y las meditaba en su corazón con el cariño.